



EL ASISTENTE.



ACIA cuatro años que vivian juntos, y en todo ese tiempo no habia olvidado el uno por un solo momento que era el oficial, ni el otro que era el asistente. El uno, militarmente severo; el otro militarmente sumiso.

Y se querian; pero con aquel afecto austero, varonil, mudo, que no hace alardes, que no se manifiesta, que oculta un trasporte de afecto bajo un ademán seco y desdeñoso; elocuente cuando calla, inepto y torpe cuando habla; enemigo de caricias y mimos, y acostumbrado cuando le asalta la necesidad de llorar, á apretar los labios y sorber las lágrimas por no parecer cobarde y afeminado. Se comunicaban con un lenguaje constantemente lacónico, rápido, desabrido; se entendian con mo-

nosílabos, miradas, ademanes; intérprete comunera era el reloj, que lo regulaba todo, hasta los pasos y las palabras, con la disciplina más estricta.

—Mi teniente ¿manda algo?

—Nada.

—¿Puedo marcharme?

—Vete.—Esta era la fórmula cotidiana de despedida.

Nunca una palabra más. Y habían pasado los días, los meses, los años,—cuatro años—en el cuartel, en el alojamiento, en marcha, en el campamento, en la guerra; y creció poco á poco en el corazón de entrambos un afecto profundo, severo y casi desconocido para ellos mismos. En aquella inalterable taciturnidad, en aquel lenguaje militar, en aquel cambio fugitivo de miradas que querían decir, la una:—*haz esto*, y la otra:—*está bien*, había, para quien conociese el carácter de entrambos, tanta amabilidad y tanta cortesía, que comparadas con ellas era débil é insignificante la más expresiva correspondencia de mutuo cariño.

Se encontraron uno al lado del otro en campaña, en los instantes más solemnes, á trescientos pasos de los cañones enemigos, y á cada silbido de las granadas, cada cual volvió rápidamente los ojos en busca del otro, y al encontrarlo, había exhalado un suspiro pensando: *¡esa ha pasado ya!* Velaron juntos en las avanzadas más de una no-

che fría y lluviosa, con los piés en las charcas del pantano y el rostro al viento; y por la mañana, al llegar el batallón de relevo habían cambiado una sonrisa, como para decirse mutuamente «ahora volvemos al campamento, alégrate, podrás descansar.» Muchas veces durante una larga marcha de verano, habíanse vuelto los dos hacia atrás á un mismo tiempo, para mirar las piedras miliarias, á la orilla del camino, y habían contado algunas veces más de cuarenta, cruzando, cuando llegaban á las últimas, una mirada de consuelo y complacencia, que quería decir: *quedan dos nada más, nada más queda una, ¡estamos ya!* Varias noches en el campamento, cuando se dispone el ánimo á las descargas, que quizás vengán á interrumpir el sueño, luego que uno de ellos se había echado bajo la tienda y el otro lo había cubierto bien con el capote para defenderlo de las brisas nocturnas:—Buenas noches, señor teniente,—había dicho el soldado, alejándose; y al teniente le había parecido que aquella voz temblaba algo y que la última palabra no salió entera de sus labios. Y con igual acento le había devuelto el saludo. Alguna otra vez mientras el uno entregaba al otro una carta, y este alargaba ávidamente la mano para tomarla, hubiera podido notarse en ambos rostros ligerísima sonrisa:—¡Es de casa, conozco la letra, tu madre te escribe!—Había querido decir el uno.—¡Gra-

cias,—había querido contestar el otro,—me has anticipado la alegría!

Después, volvían entrambos á los acostumbrados hábitos taciturnos y severos: ni una sola vez el soldado, al presentarse á su oficial ó al despedirse de él, olvidaba cuadrarse, levantando la cabeza y llevando enérgicamente la mano al kápis, rígido, inmóvil y formal.

Vivían juntos cuatro años solamente; pero el soldado, que entró de asistente, pasado el primer año de servicio, estaba para cumplir su tiempo.

Un día, recibió el comandante del batallón la orden de licenciar su clase.

Aquel día mediaron muy pocas palabras más de las de costumbre entre el oficial y el soldado; pero los dos corazones conversaron largamente:

—¿Manda otra cosa?

—Nada... ha llegado la orden de licenciar tu clase. Dentro de diez días marcharás.

Siguió breve silencio, sin que sus ojos se encontrasen...

—¿Puedo retirarme?

—Retírate, pues.

Esta vez había añadido el oficial un *pues*, y esto era un gran paso en el camino de la afectuosidad y de la espontaneidad.

Estrechóseles el corazón á los dos, pero no igualmente á ambos. El uno perdía un amigo, más que un amigo, un hermano, que lo amaba

con cariño reverente y religioso. El otro perdía también un amigo, un hermano; pero aquél permanecía en el regimiento, y éste volvía á casa. Y ya era sensible consuelo volver á casa. Después de tantos años, después de tantos peligros, después de haber pensado tantas veces en la madre por la noche en el campamento, cuando suenan las largas y melancólicas notas de la retreta, y bajo las tiendas se apagan las luces en aquella movible ciudad de lienzo, poco ántes tan animada y alegre, después de haber pensado tantas veces en la madre preguntándose,—¿qué hará en este momento aquella pobre mujer?—era, en verdad, una gran cosa volver á casa!!!...

Después de haber oído tantas veces, al caer de la tarde, á los campesinos que venían del trabajo, repitiendo aquellas mismas canciones que cantaban en otro tiempo allá en el hogar, cuando velaban en verano á la luz de la luna y entre tantas voces de deudos y amigos se escuchaba una temblorosa, diferente de todas, clara, argentina, que sabía tan bien el camino del corazón; después de haber bendecido tantas veces aquellas canciones, como un saludo de nuestra madre lejana... ¡volver á casa! ¡Volver cuando no nos esperan; ver de nuevo aquellos campos, aquella aldea, reconocer de lejos aquella casa, presentarse de pronto ante la puerta, reconocer de

lante á la hermanita, hecha ya una moza, al hermano más pequeño, convertido en gallardo adolescente, acudir á sus gritos todos los demás, arrojarse en medio de ellos; despues, apartarlos á todos, entrar en la casa, llamar á la anciana madre, verla venir á nuestro encuentro con los brazos abiertos y los ojos llenos de lágrimas, echársele al cuello y sentirse oprimido por aquellos queridos brazos, y probar las más santas delicias humanas... ¡Cosas son éstas que sólo el pensarlas dulcifica cualquier amargura y cura cualquier herida!

Y sin embargo, aquel buen muchacho le traspasaba el alma la idea de tener que separarse de su oficial. Y además, un soldado valeroso no se quita nunca el tosco capote que le ha servido largos años de abrigo y almohada, y en el cual ha trabajado tantas veces con la aguja ó el jabon, sin sentir cierta opresion en el pecho, cierta extraña ternura, como al separarnos de un amigo que se ha portado mal con nosotros, pero á quien en el fondo estimamos siempre. Aquellas faldriqueras de detrás, donde en el cuartel se escondía la pipa al presentarse al oficial de guardia, las buscarán las manos instintivamente, y será triste cosa no encontrarlas ya.

El buen oficial se habia quedado pensativo, sin añadir ni una sola palabra á las fórmulas acostumbres, y lo mismo su asistente. Pero sus

miradas se encontraban con más frecuencia, y parece que se decian:—lo sientes, ya lo sé.

El soldado hacia las faenas despacio, para entretenerse en casa más largo rato compensando así en aquellos últimos días la separacion completa inminente. Al principio, procedia con cierta lentitud, despues con una lentitud claramente estudiada; por último, hacia como que quitaba el polvo de las sillas y las mesas; pero las más de las veces, absorto en un triste pensamiento, agitaba á ciegas el plumero sin tocar los muebles. Entre tanto, el oficial, en pié é inmóvil, con los brazos cruzados ante el espejo, que reflejaba la imágen del asistente, seguía con atencion sus pasos, sus actitudes y sus ademanes, y evitaba sus miradas, afectando un aire distraido.

—Mi teniente, ¿puedo irme?

—Vete, pues,—y el soldado se iba.

No habia bajado dos escalones, cuando sonaba en el cuarto un presuroso: «Ven aquí,» y volvía.

—¿Manda otra cosa?

—Nada, queria decirte... nada, nada, lo harás mañana. Vete pues.

Quizás le habia vuelto á llamar para verle, y viéndolo otra vez partir, continuaba con los ojos fijos en el umbral de la puerta por donde saliera.

Llegó, por fin, el día de la marcha. El oficial estaba en su cuarto sentado á la mesa, enfrente

de la puerta entornada. Dentro de media hora tenía que venir el asistente para despedirse de él. Fumaba, arrojando al aire nubecillas de humo, y seguía inconscientemente con los ojos sus lentas espirales, hasta que se perdían desvanecidas en el aire. Sin duda el humo, que le daba en los ojos, le hacía lagrimear, y de vez en cuando se los enjugaba con el envés de la mano, notando con sorpresa que caían lágrimas tan gruesas como si en realidad llorase. Atribuía la causa al humo: pretendía engañarse acerca de su emoción, disimulársela, achacar al cigarro lo que del corazón provenía, y pensaba:—Sí, era de esperar, ¿por qué, pues, tomarlo tan á pecho? ¿No sabía yo, cuando lo elegí, que no lo retendría á mi lado siempre? ¿Ignoraba que el servicio no dura más que cinco años? ¿Desconocía por ventura que ese pobre chico tiene una casa, un campo, una familia, en medio de la cual nació, donde ha crecido, de la que partió con dolor y á la que con júbilo vuelve? ¿Había de pretender que continuase siendo soldado por mi bella cara? Hubiera sido un egoísta... y lo soy. ¿Qué vínculo de gratitud lo liga á mí? ¿qué he hecho por él? ¿qué es lo que me debe?... ¡Oh! ¡mucho en verdad: no le he hecho nunca más que desaires! Siempre que se me pone delante, me ve con esta maldita cara de perro... Es carácter mio; ¿qué le hemos de hacer? Nada. Yo no sé encontrar palabras para decir ciertas

cosas. Y despues... esas cosas no deben decirse; pero... al ménos ponerle un rostro algo afable... Ahora, se va. Vuelve á su casa á labrar sus campos, á recobrar su existencia anterior; y poco á poco perderá los hábitos militares, lo olvidará todo... su regimiento, sus camaradas, su oficial. ¡No importa, con tal de que viva contento! Pero yo, ¿podré olvidarlo tambien? ¡Cuánto tiempo habrá de pasar antes de que me acostumbre á una cara nueva, antes de que por la mañana, al abrir los ojos, no me parezca que le veo en un rincón del cuarto, entretenido en las faenas, sin mover ruido, casi sin respirar, por no despertarme ántes de tiempo!... ¡Cuántas veces, así que me levante, lo llamaré por su nombre! Tantos años de compañía, de leal adhesión, de servicio afectuoso, y al cabo... ver que se marcha así... Pero ese es nuestro oficio, y no tiene remedio. Hay que conformarse. ¡Qué buen muchacho! ¡qué corazón! Si en las marchas, rendido por la fatiga, abrasado por el sol, sofocado por el polvo, me detenía un instante y volvía los ojos como para buscar un poco de agua, en seguida se me presentaba delante un botijito y oía una voz que me decía:—«¿quiere beber mi teniente?» Era él. Había salido de filas sin que lo notasen, corrió á buscar agua... léjos quizás, quién sabe dónde; vuelto en un abrir y cerrar de ojos, anhelante, cubierto de sudor se había venido detrás de mí,

y había esperado que mostrase yo deseos de beber. En el campamento, si me dormía á la sombra de un árbol y el sol poco á poco llegaba á darme en la cabeza, una mano solícita colgaba una manta de las ramas, ó ponía tres ó cuatro morrales uno sobre otro, y ya no me molestaba el sol. ¿De quién era aquella mano? ¡Siempre la suya! Al terminar la jornada, despues de seis, siete, ocho horas de marcha, apénas preparadas las tiendas, desaparecía; yo lo buscaba y lo llamaba á gritos por el campo, y exclamaba:—Quién sabe dónde se habrá metido; vaya un modo de portarse; ya se lo diré yo de misas;—y de allí á un momento lo veía venir de léjos, encorvado bajo un gran monton de paja, con pasos desiguales, tropezando aquí y allá con las cuerdas de las tiendas, disputando á derecha á izquierda con los que querian quitarle un puñado de la carga, saltando las zanjas y los fosos, pisando los morrales y las camisas tendidas al sol, y atrayendo sobre su cabeza una tempestad de juramentos é imprecaciones. Llegaba á mi lado, echaba la paja al suelo, arrojaba un gran suspiro, enjugábase la frente y exclamaba receloso:—Señor teniente, ¿he tardado mucho, no es verdad? Pero he tenido que ir muy léjos.—Esparcía la paja sobre la hierba en la extension de una persona, amontonaba una parte, colocaba encima su morral, á guisa de almohada, y despues volviéndose hácia mí:—¿Mi teniente,

preguntaba, estará bien así?—Buen muchacho, pensaba yo, he hecho mal en incomodarme contigo;—«anda, le decia despues, anda á descansar, que buena falta te hace.»—¿Pero, estará bien así? repetía, si no, iré á traer más paja.—Sí, sí: está bien, anda á descansar, anda, no perdamos más tiempo.

A veces en las marchas nocturnas, si notaba yo que me vencía el sueño, y caminaba vacilante cruzando de una parte á otra de la carretera, y me acercaba demasiado á la orilla de la cuneta, una mano suave tocaba mi brazo y me empujaba lentamente al centro del camino, miéntras una voz humilde y sumisa me decia:—Mire, señor teniente, que ahí está el bache,—¡y siempre era él!... Pero, ¿qué le he hecho á ese muchacho para que me rodee de cuidados solícitos como una madre? ¿qué es lo que soy? ¿qué es lo que tengo, para que me ame con tanto afecto, con tanta virtud? ¿qué méritos he contraído para con él, que no vive más que para mí y que por mi estoy seguro daría la vida? ¿Por qué razon ese pobre chico, de aspecto tan rústico, con las manos encallecidas por la esteva, con los miembros endurecidos por los trabajos y las necesidades, sin cultura, sin educacion, nacido y crecido en solitario albergue del campo, ignorante de todo humano refinamiento, se ha convertido en amable y solícito como gentil damisela y detiene la

respiracion para no despertarme, y me toca la manga con mano suavísima para apartarme de una zanja, y me presenta una carta, cogiéndola con la punta de los dedos, como si temiese profanarla, y se considera feliz cuando alcanza una sonrisa benévola, una palabra amable, una mirada que quiera decir: «¡está bien!...» ¿En qué consiste esto?...

¡Ah! preciso es confesar que el corazón humano adquiere bajo este uniforme palpitations nuevas y desconocidas para quien no es ó ha sido soldado. No suponen las gentes en nosotros más afectos que los que agitan el espíritu en los días borrascosos de la guerra; pero las gentes nos conocen muy poco: no saben que en los soldados el corazón léjos de envejecer, rejuvenece y se vuelve á abrir á las suaves ternuras de la edad primera, y en ellas vive y goza mucho mejor que en los tremendos júbilos de la guerra... ¡Oh! quien no sea soldado no comprenderá nunca el cariño que me liga á ese honrado mozo. Es imposible. Hay que haber pasado muchas noches en el vivac; haber hecho muchas marchas en los meses de Julio y Agosto; haber estado muchas veces en las avanzadas, sufriendo una lluvia continua; haber padecido hambre y sed; y haber encontrado siempre á vuestro lado un amigo que os ha echado encima su capote para guardaros del frío, que os ha secado la ropa, que os ha

traído un sorbo de agua, que os ha ofrecido un pedazo de pan, privándose de él...

—¡Servidor, criado! ¿y hay quien lo llame así? ¡Oh!—exclamaba con ademán de indignación— ¡es una blasfemia! Sí... porque cuando ese hombre se me presenta ahí en la puerta y me saluda, contemplándome con aquella mirada llena de sumision tímida y cariñosa, siento que es tan respetuoso el ademán que hago para que baje la mano, como el suyo para levantarla... Y ese hombre me abandona, me deja solo, marcha, y nunca volverá. No, no, iré á buscarlo; iré á buscarlo cuando esté licenciado: sé el nombre de su pueblo; preguntaré por su casa, correré á ella; lo sorprenderé labrando los campos, lo llamaré por su nombre.—¿No conoces ya á tu oficial? le preguntaré.—¡Qué veo, mi teniente! contestará todo conmovido.—¡Sí, sí, tenía necesidad de volverte á ver; ven aquí y abrázame!!...

En este punto sintió pasos por la escalera, lentos y desiguales, como de quien sube titubeando. Prestó atención, sin volver la cabeza; los pasos se aproximaban. Sintió que se le oprimía el corazón. Volvióse: allí estaba ¡era él! el asistente.

Tenía el rostro turbado y los ojos enrojecidos. Saludó militarmente, dió un paso adelante y permaneció allí mirando al oficial. Este tenía el rostro vuelto hácia la parte opuesta.

—Señor teniente, me marchó...

—Hasta la vista—respondióle el oficial apretándose los labios á cada palabra y mirando siempre á otra parte.—Hasta la vista... que tengas buen viaje... vuelve á casa... trabaja... continúa siendo buen muchacho... como lo has sido hasta ahora... y... hasta la vista.

—Señor teniente, repuso el soldado con voz temblorosa y adelantando un paso hácia él.

—Anda, anda, que no se te pase la hora; anda, ya es tarde.

Y le alargó la mano. El soldado se la estrechó fuertemente.

—Que tengas buen viaje... y acuérdate de mí, ¿sabes? acuérdate alguna vez de tu oficial.

El buen muchacho queria responder. Probó á decir algunas palabras y lo que salió de sus labios fué un gemido. Estrechó otra vez aquella mano, volvióse, miró la puerta, miró otra vez al oficial, que continuaba con la cabeza vuelta al otro lado, dió un paso adelante...

—¡ Ah, señor teniente! exclamó sollozando, y echó á correr.

El otro, solo ya, miró alrededor, estuvo un corto rato con la vista fija en el umbral de la puerta; despues apoyó los codos en la mesa y la cabeza en las manos; formáronsele en la cavidad de sus ojos dos gruesas lágrimas, brillaron un instante dentro de ellos, y rodaron rápidamente por sus mejillas, como temerosas de ser vistas.

Se pasó la mano por los ojos, miró el cigarro: ¡ estaba apagado!

¡ Ah! lo que es esta vez eran lágrimas de veras. Inclino la cabeza sobre uno los brazos, y las dejó correr todas, que bien lo necesitaba!

